

DECIMA CONFERENCIA.

EL HECHO....

—(o)—

Un día, dos hombres estaban sentados en la ribera derecha del Ródano. El uno era un rico propietario, y habitaba una comarca no distante de allí; el otro, nacido en una aldea, sobre los bordes del río, tenía por profesión conducir la carga que remolcaban entonces los barcos de Beaucaire á Lyon.

Se conocían mutuamente, y fatigados ambos, se pusieron en reposo, á la sombra de un ramillete de álamos blancos.

Entonces el propietario dijo al batelero:

—¿Conoces, amigo mío, ese hermoso descubrimiento que se acaba de hacer?

—¿Cuál, señor?

—¿Sabes que ya no hay necesidad de caballos para arrastrar los buques sobre el Ródano?

—¿Cómo?

—Es muy sencillo; se ha descubierto un medio por el cual subirán solos.

—¡Imposible, señor, imposible! ¡oh! á fé mía os declaro que nunca creeré eso.

—Y, ¿porqué, amigo mío?

Porque eso es imposible.

—Mas, ¿por qué creés que eso es imposible?

—Porque, señor, á pesar de todos nuestros fuertes aparatos, tenemos todavía mucho trabajo, y empleamos mucho tiempo para subir nuestros buques; y ¿queréis que ellos suban solos?... ¡imposible!

—Escúchame, amigo mío, te voy á contar la cosa. Escúchame bien.

Y entonces el propietario explicó al batelero, en qué consistía un buque de vapor. Poniéndose al nivel de su inteligencia, trató de hacerle comprender su mecanismo,

ya por la descripción de sus piezas, ya por simples comparaciones, siempre por un razonamiento elemental.

Después de haber escuchado atentamente la explicación.—«Sí, dijo el batelero, todo eso puede ser cierto, pero yo no lo creo.»

En ese momento se escuchó en lontananza un murmullo sordo, como la voz de un huracán. El murmullo se acercaba, y al acercarse, siempre crecía. Después fué un buque, pero un buque enorme, que se deslizaba en el agua, y subía solo. Pasó, como un caballo á carrera rápida. Sus alas rompían la corriente, sus palancas vigorosas se agitaban como el brazo de un gigante, su vasto pecho retumbaba como un volcán, y á cada expiración, su boca de fuego arrojaba una nube de vapor blanquecina.

En seguida desapareció... un momento después se escuchaba el murmullo sordo en lontananza, un momento después se percibía un vasto penacho de humo negro, y las olas espumosas del río revuelto, vinieron á chocar en la ribera en donde estaban sentados el propietario y el batelero.

Este quiso hablar, pero la emoción ahogó su palabra... Hé aquí la fuerza de un hecho: Un hecho remonta la corriente de la oposición más violenta, un hecho ahoga la

palabra de la negación más obstinada, un hecho aniquila con su abrazo brutal á la incredulidad más robusta.

Un hecho está revestido de una autocracia suprema; su omnipotencia no puede sufrir la menor rebelión; ensayad comprimirle un instante, más violento que el vapor hará saltar la válvula.

Broussais lo dijo, nada hay más brutal que un hecho.

¡Negad, negad siempre! ¿mas qué será vuestra negación cuerpo á cuerpo con el gigante de la realidad? ¡Detened el buque que sube sobre el Ródano, á la locomotora que vuela sobre sus rieles, y á la chispa eléctrica que salta por su hilo!

Distingo dos especies de hechos; unos positivos y otros negativos. Los primeros son los que tienen en sí la evidencia directa; los segundos llevan la convicción por pruebas opuestas. Un ejemplo bastará para esclarecer mi pensamiento. Un hombre es acusado de un crimen, él ha sido visto por varios testigos, las pruebas directas de su culpabilidad motivan su condena. Otro hombre es llevado ante los tribunales; el crimen de que se le acusa no tiene testigos, muchas personas, por el contrario, le han visto en otro lugar y á la misma hora, en la que el crimen se cometió; él será declarado

inocente en virtud de este hecho negativo.

Estos dos órdenes de hechos, los utilizo para probar la tesis que voy á desarrollar.

He considerado, en nuestra última conferencia, á las dosis infinitesimales en el estado de POSIBLE, y creo haber reunido bastantes pruebas para que la convicción haya entrado en vuestro espíritu. Ahora voy á hablaros de esas mismas dosis, en el estado de HECHO. Se trata, pues, de probar aquí, que no solamente pueden obrar, sino que obran en realidad; y esto, lo demostramos por los hechos.

Procedamos primero, por la solución de los hechos negativos. Estos son los que tienden á neutralizar la acción de nuestra terapéutica por mezquinas objeciones, ó á disminuir su fuerza, queriendo dividirla.

Los médicos, ú otros personas hostiles á la Homeopatía, repiten por doquiera, que nuestras medicinas obran sobre la imaginación de los enfermos, pero que sólo á esto se limita su virtud.

Ya sabéis lo que se debe responder á esta observación, la más insensata que se ha hecho, y que siempre se hará contra nuestra doctrina. Mas, admitamos, por el momento, que nosotros obtenemos las curaciones trabajando sobre la ima-

ginación de los enfermos; este medio ya sería perfecto, y plugiera al Cielo que fuese cierto. Más dichosos todavía que el divino Edipo, habríamos hallado el enigma de la Esfinge de la terapéutica. En todo caso, ¿este medio no valdría más que todas las torturas que la medicina clásica hace sufrir á sus pobres pacientes? ¡Curar una enfermedad, obrando sobre la imaginación, y con NADA! ¡pero esto sería muy meritorio! ¿Por qué pues, señores de la Alopátia, no hacéis otro tanto?

Contra nuestro éxito se invoca además el capricho ciego de las coincidencias.

Que una persona asegure haber sido curada por un médico homeópata, ó haber sido testigo de una curación obtenida por él, su acerto encontrará siempre la sonrisa de la incredulidad. — «Creéis haber sido curado, le dirá algún malicioso, debíais curaros; vuestra enfermedad ha desaparecido por sí misma.»

¿Qué responder á esto? ¿Qué responder á la oposición de las coincidencias?

Invocando las coincidencias, se dudaría de todo, se llegaría hasta dudar de Dios.

Pero, señores enemigos nuestros, usurpáis, frente á frente de nosotros, un derecho que reclamamos con

toda justicia. Esta arma con la que nos atacáis, vamos á volverla contra vosotros, y á servirnos de ella, con la misma táctica.

¿Por qué, en efecto, las coincidencias no pueden dirigirse contra vuestras curaciones y vuestros triunfos? Y también vamos á deciros: — «Creeis haber curado á tal enfermo, nada de eso, él debía sanar.» — Al hablar así, razonaríamos falsamente, con toda evidencia; pero usaríamos de nuestro derecho, del derecho legítimo de represalias.

Y entonces ¿qué le pasa á la pobre medicina?

¿Qué le pasa al arte de curar? ¿Por qué rechazáis todas las diatribas, con las que se quiere manchar vuestro diploma, y cómo váis á remendar todos los desgarrones que la sátira hace á vuestra toga doctoral?

Yo os lo digo, la alegación de las coincidencias engendra al fatalismo, y el fatalismo es vuestra ruina más directa.

Mas, concedo por el momento, que nuestros triunfos sean debidos á las coincidencias; quiero que la naturaleza haya hecho todos los gastos de la curación, que tenemos la desfachatez de atribuir á nuestra doctrina; es preciso confesar que la señora Naturaleza es muy complaciente con la Homeopatía. ¡Cómo! Ved á un enfermo que ha recorrido

todos vuestros consultorios, que ha seguido todas vuestras prescripciones, que ha tragado, durante muchos años, bastantes drogas para formar una pequeña farmacia; ese enfermo viene á consultarme, desesperado del caso, y siguiendo mis consejos, él sana, y ¡la naturaleza le habrá curado! y debía sanar justamente, en el momento en que se ha arrojado en brazos de la Homeopatía! ¡precisamente en el momento en el que ha desertado de vuestra terapéutica! ¡exactamente en el momento en el que vuestras medicinas tenían su cumplimiento saludable! es preciso confesar que mi buena estrella ha sacado el premio de vuestra lotería. Pero, decididamente, un médico homeópata es el niño mimado de la naturaleza, decididamente esta mala madre os trata como madrastra cruel; y si la naturaleza está con nosotros, no lo vociferéis, porque esto sería atraernos la corriente de la clientela.

Pero nosotros no somos tan injustos con vosotros; creemos muy sinceramente que también sois los favoritos de esa gran reina que se llama la Naturaleza, y que de sus favores y larguezas tenéis vuestra buena parte; y si algunas veces ella parece despreciaros un poco, es porque cometéis á menudo, con ella, el pecado de la ingratitud, es

porque la despreciais muy frecuentemente, y que muy á menudo desconocéis sus méritos; es que tal vez, en fin, ella no está contenta de vuestro orgullo, y que en vuestras victorias, no le dáis todos los laureles que le son debidos.

Consiento, pues, en que nosotros nunca tenemos el honor de un triunfo positivo, consiento en que nuestros enfermos hayan sanado, no en virtud de lo que hemos hecho, sino precisamente porque habéis hecho algo, y este algo les impediría sanar. Esto es claro como el sol. Si entonces, como nosotros, queréis obtener curaciones, emplead nuestro procedimiento, es decir, no hagáis nada, puesto que nosotros no hacemos nada. ¡En verdad, este tratamiento es muy fácil, y sobre todo, barato, retened bien ésto, queridos enfermos!

Hé aquí otro gran caballo de batalla que monta, con el mismo heroísmo, nuestro sabio colega alópata.”

Idle á decir que la Homeopatía os ha curado de una hidropesía, de una gastritis, de una fluxión de pecho. «Lo habéis creído, os responderá, con un tono académico; vuestro médico homeópata ha llamado hidropesía á algunos gases que tenían en el vientre, ha llamado gastritis, á un sencillo desarreglo de vuestro estómago, ha llamado

fluxión de pecho á un catarro que habéis atrapado, en estos días húmedos, y le habéis creído.»

¡¡¡Qué perfume de caridad!!!

O bien, si, por azar, el médico homeópata ha diagnosticado con la seriedad doctoral una de esas enfermedades, él se ha equivocado. ¡Error! ¡error! ¡vamos! ¿Acaso la Homeopatía es capaz de curar semejantes afecciones?

Que un médico alópata tenga, en efecto, el derecho de conocer bien las enfermedades, es innegable que él es doctor, y que doctor viene de una palabra latina que significa sabio. En virtud de su diploma, él siempre tiene la verdad en sus sentencias, y sus juicios siempre están revestidos con el sello de la infalibilidad.

¡Pero! que un médico homeópata, sea doctor, imposible; que sepa conocer una enfermedad, imposible; que sepa tratarla, más imposible todavía!

¡Vamos, pobre médico homeópata, á pesar de tu diploma, no eres más que un ignorante y un impostor!

Oís decir todavía diariamente: “Fulano murió, un médico homeópata fué quien lo asistió, ya veis que no cura la Homeopatía.”

O bien aún: “Tal enfermo ha sido abandonado por la alopatía; se ha llamado á un médico homeópata

ta que no le ha impedido el morir.”

Todo esto es posible, ¿y por qué no? ¿Mas, desde cuando los médicos homeópatas se han jactado de hacer milagros? En manos de la Homeopatía se puede morir. ¡Hermosa objeción! ¡cuán admirable es que se pueda morir! De la Palise, no lo diría mejor!

Es un hecho muy cierto, que cada uno es responsable de sus actos, y el mayor absurdo que puede cometer un razonador, es el arrojar sobre una doctrina la incapacidad, la imprudencia ó las faltas de sus adeptos.

—“Tal enfermo tratado por la Homeopatía, murió.”—¿Los vuestros, entonces, no mueren jamás?

“Tal enfermo condenado por vuestras decisiones supremas, murió luego en manos de un homeópata.”

Tanto peor para la reputación de este homeópata, y no para la doctrina que profesa. Si él ha sido bastante imprudente para encargarse de un mal negocio, tan temerario para esperar una curación imposible, tan ciego para tropezar contra un caso incurable, peor para él! á él sólo toca la vergüenza de este fracaso.

Armando Carrel, el célebre publicista, dijo una palabra de la

más alta importancia política: “No está uno vencido cuando se tiene el poder de hacer cometer faltas á sus adversarios.”

Que los médicos homeópatas, mediten profundamente y siempre estas hermosas palabras.

Seamos francos hasta el fin. Se dirá todavía: “Tal experiencia particular ó pública, se hizo en tal ciudad y no tuvo éxito, bien veis entonces, que la Homeopatía, sucumbe á la prueba.”

No os apresuréis á formular esta falsa conclusión. Vuelvo á repetirlo: tanto peor para aquel que no ha tenido éxito. ¿En qué casos ha hecho la experiencia? ¿En casos generales? Mas la Homeopatía ha hecho sus pruebas, y las hace todos los días. En hora oportuna hablaremos de esto ampliamente. ¿La experiencia se ha hecho en un caso particular, el cólera por ejemplo? Mas la Homeopatía tiene sus cifras y su estadística respecto á esta epidemia. ¿Un fracaso puede aniquilar mil éxitos? y si la Homeopatía curó tan bien el cólera en el Brasil y en los Estados Unidos, en donde se cebó con más fuerza, ¿por qué no podría curarlo en Francia? Tanto peor para aquel que no ha triunfado; si se ha colocado en falsas circunstancias, tanto peor para él, cada quien es responsable de sus actos.

No pienso,—en caso de que conocierais la experiencia que pretendió hacer de la Homeopatía, en 1834, el profesor Andral,—no pienso que seais tan torpes para hablar de ella.

En esta época no se había traducido la materia médica homeopática, nuestra doctrina acababa de nacer en Francia, y sus discípulos no tenían todavía una marcha bien segura, en la vía de la práctica.

Andral debía conocer la Homeopatía, poco más ó menos, como yo conozco un reloj. Observo en este instrumento, ruedas y palancas que parecen animadas; oigo, pequeñas y rápidas palpitaciones, veo á las agujas correr y proseguir, con marcha desigual, sobre un cuadrante lleno de cifras, pero soy tan capaz de montar y desmontar todas sus piezas, como Andral era capaz de poner en acción á las ruedas de la Homeopatía. Así, uno de sus colegas, Jourdan, de la Academia de Medicina, decía, hablando del relato de esas experiencias: "Andral no debió permitir que se diera su nombre á una cosa que es imposible calificar O la nota entera es una farsa, ó está hecho por un enfermero."

Por lo tanto, por lo que toca á este pretendido hecho negativo, no osareis hablar, estoy seguro de ello; sobre todo si veis el "Boletín

de Terapéutica," tomo VII, páginas 14 y 15, en donde podréis ver la confesión bastante humilde, y el acto de contrición casi perfecto, de Andral.

Llegais, en fin, hasta reprobarnos que un periódico homeopático, nacido la víspera, haya muerto al día siguiente.

¿Qué prueba esto? Tanto peor para sus redactores. La Homeopatía ha podido caminar sin ellos, y podrá muy bien continuar su camino también sin ellos.

Cuando veis en el Cielo una estrella fugaz ¿teméis que el firmamento se desplome?

¿Qué son, pues, todos esos hechos negativos? Apoyad todas vuestras baterías sobre una armadura más sólida, porque veis que no puede resistir al choque de los argumentos más sencillos.

Pero nuestro enemigo no ha quemado toda su pólvora, y hé aquí un nuevo ataque todavía.

Se nos dice: «Los demás médicos curan tanto como vosotros, y sin ser homeópatas.»

Distingamos: que ellos curen, lo concedo, pero que curen fuera del principio de los semejantes, es lo que vamos á examinar.

Los demás médicos curan como nosotros. ¡Ah! ciertamente, no queremos negarlo. ¿Qué hay en eso de sorprendente? ¡Se puede ir de

Nimes á París sin camino de hierro, se podría ir en un coche, bueno ó malo, y hasta á pie!

¿Antes del telégrafo eléctrico, los despachos no llegaban por medio del telégrafo aéreo? Antes de esto, ¿no marchaban por medio de los correos?

¿Y no se va de Liverpool á Calcuta por otro camino que el de Suez? Todo eso no es más que cuestión de tiempo.

«Los demás médicos curan, y en todos tiempos han curado enfermos.»

Esto es muy cierto. ¿Mas por qué sistema han obtenido ellos, y obtienen todavía sus curaciones? Conforme al principio de los semejantes, es decir, según la Homeopatía. Ya os lo he dicho; los médicos alópatas hacen, á menudo sin apercibirse de ello, Homeopatía práctica; algunas veces se dan cuenta de ello, y el hecho los deslumbra por su evidencia, pero que convengan en ello, ¡jamás! Esto sería un crimen.

El sistema de los semejantes es como la palanca de nuestras máquinas. Para obtener el principio de acción mecánica, es preciso imprimir á esta palanca tal movimiento en tal dirección; pues bien, esta palanca la puede manejar un ignorante tan bien como la mano del inventor y del más sabio mecánico.

He tenido muy á menudo, bastantes discusiones pacíficas con mis ex-colegas, y cuando les he pedido casos de curación conforme á la doctrina de los contrarios, siempre se han visto muy embarazados para responder.

Poneos ante un médico, quien quiera que sea, aun cuando sea, lo repito, profesor de una de las tres Facultades de Francia, y decidle:

«Hojead un momento en vuestra targa práctica, señor; traed á vuestra memoria los éxitos más brillantes que habéis obtenido en vuestra carrera médica, examinad los casos en los que habéis practicado la medicina pura, es decir, en los que habéis dado á vuestros enfermos medicinas simples, y en los que habéis obrado fuera de las sangrías, sanguijuelas, vegigatorios, sinapismos, etc.—cosas todas que constituyen el acrobatismo de vuestro oficio—¡Nombradme un solo caso en el que hayais curado por «los contrarios!»

¿Conforme á qué ley terapéutica empleáis la quinina, el mercurio, el iodo, el fierro, el arsénico, la belladona, el ioduro de potasio, etc. En fin, todas las medicinas que empleáis?

Si ese médico es capaz de responder á vuestras preguntas, consiento en quemar mi título, y arrojar las cenizas al viento.

Ya lo hemos visto, la Homeopatía no ha nacido ayer, en cierto modo, ella salió de la cabeza de Hipócrates, como Minerva de la cabeza de Júpiter, y desde su nacimiento, todos los médicos no han obrado, á sabiendas ó ignorándolo, sino conforme á su inmortal principio.

Cuando prescribo á un enfermo, por ejemplo, 25 centigramos de sulfato de quinina, ó 10 gotas de tintura de iodo, ó 3 gotas de tintura de belladona, ó limadura de hierro, etc., si un médico sorprendiese mis recetas ó mis pociones, ¿tendría el derecho de decir que yo no soy homeópata en estos diversos casos, porque empleo las medicinas á grandes dosis?—«De ningún modo le diría, y no os admiraríais de ello si conociérais la Homeopatía. Yo soy el que está en el derecho de admirarme de vuestra conducta, cuando diciendoos adepto del principio de los contrarios, administráis esas medicinas, no importa en qué dosis.»

Esto me recuerda que un día se me vino á llamar, durante mis consultas, para una mujer quien, se me dijo, era presa de vómitos muy fuertes. Como en este momento, no pude abandonar mi consultorio, se buscó á otro médico. Al día siguiente supe que, para contener esos vómitos, le administró inme-

diatamente el emético, y que este medio le fué del todo favorable.

Si yo hubiera asistido á esa mujer, tal vez no hubiera hecho otra cosa.

«Ab uno disce omnes.» Así es como obran todos los médicos homeópatas «de hecho,» servidores involuntarios de un principio que los nutre y que ellos, sin embargo, quieren sofocar.

Este asunto tratado exprofeso posee materiales bastante ricos, para formar volúmenes. Esta opinión es verdaderamente muy fácil de sostener, tanto más fácil, cuanto que cuenta con numerosos adeptos. Mas como esta digresión está fuera de la cuestión actual, no hago más que indicar estas ideas, y paso á otro género de agresión.

«Concedido, se nos dice, los médicos no obran, si lo queréis, sino conforme á la ley de los semejantes, pero no emplean más que grandes dosis. Entonces para obrar no es necesario que las medicinas estén dinamizadas.»

Esta pretendida objeción, ya se me ha hecho más de cien veces.

En otra parte, pudiera decir sencillamente; «esta objeción» aquí digo esta «pretendida objeción,» porque no ataca directamente al asunto que nos ocupa.

No queremos probar, en efecto, que las medicinas en dosis macizas

estén desprovistas de toda acción terapéutica, puesto que nosotros mismos las empleamos bajo esa forma todos los días. He aquí por qué concedemos completamente este aserto; pero él no prueba que las dosis infinitesimales carezcan de efecto curativo, y esto es lo que se debe demostrar. Sin embargo, vamos á permitirnos todavía otra digresión á título de respuesta.

He dicho, en nuestra última conferencia, que distinguía tres clases de dinamismo: el natural, el artificial y el fisiológico; de este último, es del que vamos á decir algunas palabras.

Todas las substancias medicamentosas que se administran á un hombre sano ó enfermo, caen desde luego en un receptáculo único, el estómago. Este órgano es la retorta en la que comienzan todas las metamorfosis fisiológicas. Es el ministro encargado de transmitir á los súbditos todas las órdenes del soberano. Allí es en donde se verifican esa serie de operaciones misteriosas que hacen sufrir á los elementos materiales las transformaciones más desconocidas, y que escapan siempre á los análisis experimentales.

De ese recipiente, llamado por la fisiología «primeras vías,» las substancias pasan á otros canales que se ramifican á lo infinito, y cu-

yo calibre sufre una graduación siempre decreciente.

Seguid en su marcha fisiológica, á esas substancias que ya no podéis apreciar, y llegaréis á las «segundas vías.»

Estas vías diversas son ya muy tenebrosas, mas vuestra antorcha va á extinguirse, si llegáis al antro de las «terceras vías.» Deteneos en el umbral de este misterio, porque sin llegar á él ya estais muy extraviados en vuestra curiosa exploración.

Ahí, más lejos.... más lejos todavía.... se extiende el dominio de lo desconocido, sin horizonte y sin límites.

El movimiento de la pasta alimenticia os ha conducido á la circulación de la sangre. Prosiguiendo vuestra navegación en los tubos arteriales, llegaréis á la circulación del fluido nervioso; mas aquí, los conductos son de más pequeño calibre, para dejaros pasar, y el misterio os dice: ¡no irás más lejos!

Tal es el destino de todo elemento que se empeña en las vías fisiológicas; tal es la ley que preside á todos los fenómenos de la vida universal.

Así es como el animal se mantiene en las condiciones de su existencia, apropiándose en los objetos que le rodean, los principios propios para su nutrición. Así es como